

Cómo contempla *Ignacio* esta vida verdadera, lo define en la frase, que antiguamente era muy semejante a la primera frase del catecismo: “*El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su alma*” (EE 23). Es una frase del género literario catequista. Desde esta declaración a la visión del sentido: Cuando un ser humano descubre su origen divino, cuando él existe como ser humano de Dios, cuando cae en la alabanza y gratitud, cuando un gesto fundamental de su existencia es la ayuda mutua y atención y respeto ante la vida y la persona, entonces esto refleja de nuevo su relación con Dios y es expresión de vida acertada.

Junto a la frase de la Meta y a la del Principio y Fundamento hay una palabra poco citada, casi inadvertida y la mayoría de las veces no traducida al pie de la letra – a saber, el *abrazo*. Expresa de un modo muy interesante el sentido del acontecer en los *Ejercicios*. Es expresión de ello que la persona, que acompaña los *Ejercicios*, debe dejar muy libre a la otra parte en su búsqueda, no debe ejercer ninguna manipulación, sino que puede confiar en que Dios mismo “*inmediate*” encuentre al ejercitante y lo “*abraza en Su amor*” (EE 15). Afirmación y representación del acontecer de los *Ejercicios* como aproximación, como el acontecer de la amistad, como el despertar a las propias posibilidades de amor por el infinito amor de Dios que abraza. También escribe *Ignacio*: “*Como un amigo a otro amigo o un siervo a su señor*” así puede encontrar el hombre a Dios (EE 54).

Podría ser una buena entrada en *Ejercicios* preguntarse:

- ¿Qué busco en los *Ejercicios*?
- ¿Qué imágenes de la nostalgia hay en mí?
- ¿Qué me produce angustia? ¿Qué genera en mí esperanza?

Willi Lambert, S.J.

www.vacarparacon-siderar.es

“¡La espiritualidad ignaciana es tan ayudadora para mí, pero siempre me resulta tan difícil explicarla!”. En realidad es así, la espiritualidad ignaciana es compleja, por no decir complicada. Esto la caracteriza; esto la distingue; pero en esto también hay una cierta frontera. ¿Cómo se la puede definir “muy sencilla” y cómo se puede indicar su complejidad y reconocer su valor?

“Vivir más amorosamente”

“*Vivir más amorosamente*” es quizás la formulación más sencilla de la espiritualidad ignaciana. En ella –y ahora se hace un poco menos sencilla– están recogidos elementos esenciales:

- + *Amar* es el núcleo y el corazón de esta espiritualidad. En ninguna parte más impresionante y conmovedoramente expresado que en la “*Contemplación para Alcanzar Amor*” de los *Ejercicios*.
- + En la forma comparativa, “*más amorosamente*” está asimismo una característica decisiva: Se trata del famoso “*magis*”, el “más” del amor. Hans Urs von Baltasar califica este comparativo –¡no superlativo!–, como el que siempre busca el paso siguiente, sea “grande” o “pequeño”, como el centro característico de la espiritualidad ignaciana.
- + Cuando se busca el “*comparativo del amor*”, entonces se vive siempre con la pregunta del discernimiento: ¿Qué será lo más adecuado, lo mejor? Y ciertamente esto, el “*discernimiento de los espíritus*”, forma parte también del núcleo de la espiritualidad ignaciana.
- + Con “*vivir*” se expresa que la espiritualidad ignaciana es una espiritualidad “del mundo”; una “*fe, que ama la tierra*” (Karl Rahner).

“*Vivir más amorosamente*”, ¿suficientemente sencillo como característica y orientación de la espiritualidad ignaciana? Y sin embargo ¿no será simplificar demasiado? Podría parecerlo. Se podría hacer una prueba “sencillamente”.

El “discreto amor de Ignacio”

Todavía sencilla, pero acentuando un poco más la complejidad, es la forma de expresión antigua y original de la “discreta caritas”, es decir, del “*amor discernido*”.

Cuando se pregunta por decorativos epítetos para el amor, vienen casi siempre denominaciones como: apasionado, ardiente, profundo, decepcionante, grande, fuerte, desgraciado, etc. Probablemente aún no se ha dado nunca en toda la historia del mundo una declaración de amor con las palabras:

“¡Yo siento por ti un amor inteligentemente *discernido!*”. Y precisamente esto quiere decir *Ignacio* con su formulación del “*discreto amor*”. No se quiere decir con ello un amor, que se esconde tímida-vergonzosamente ante el público, sino aquel amor que vive siempre con la pregunta: “¿Qué te hace verdaderamente bien? ¿Qué es bueno para nosotros?”. Amor auténtico es el amor que busca, que palpa. No ama de forma confusa, indiferenciada, sino que pregunta lo que es conveniente.

Todo el “*discernimiento de espíritus*” tan importante en *Ejercicios*, el conocimiento de las mociones interiores y de las motivaciones, tiene sólo el único sentido de palpar la sabiduría del amor que se funda en la *Creación*: “*¡Y vio que todo lo que había hecho era bueno, era muy bueno!*”. El amor, en eso es *amor discreto* y discierne, es la moción de búsqueda hacia la plenitud de todo bien. En la formulación “discreto amor” se afirma, por así decirlo, “*todo*”, con referencia a lo esencial y a la vez a lo característico de la espiritualidad ignaciana: el amor es el fundamento de toda espiritualidad. Y el relieve del momento del “discernimiento” es la

típica acentuación ignaciana. Porque la realidad es compleja, es decir, una inmensa plenitud necesita de la percepción, de la sensibilidad, de la pregunta y de la búsqueda, dicho brevemente: del *amor discernido*.

Willi Lambert, S.J.

“Los Ejercicios son todo lo mejor”, 2.003

SENTIDO Y META DE LOS EJERCICIOS



El sentido y la meta de los *Ejercicios* pueden describirse de forma múltiple. La genuina y gran especificación de la meta, escrita en el libro de los *Ejercicios*, reza así:

“Ejercicios Espirituales para vencer a sí mismo y ordenar la vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea”. EE 21.

Esta definición de la meta tiene ante la vista a un ser humano que lucha, que se esfuerza, que busca, busca el orden en lucha permanente entre el caos y el cosmos, que espera, que se ve desafiado, impotente y expuesto al peligro, no sólo por “las circunstancias”, los otros, los enemigos, sino ¡por sí mismo!. Para él la pregunta decisiva y que le acosa es: ¿Cómo llegaré a ser libre? ¿Cómo llegaré a ser tan libre que viva en adelante en el entramado de las relaciones, situaciones, pero que ellas no me determinen en último caso? La frase quiere decir que no son ellas las que deben determinar mi vida e imponerle un orden. ¿Cómo llegaré a ser libre de todo, también del “dictador que hay en mí” que yo percibo muy bien y del que me siento esclavizado? Esta dictadura –en la cual se une con frecuencia lo externo y lo interno– impide evidentemente dar a la vida una forma, un orden, que sea realmente expresión de vida verdadera.